

JOSÉ ORTEGA Y GASSET HOY:
entre masas, relatos y emociones¹

JOSÉ ORTEGA AND GASSET
TODAY: between masses, stories,
and emotions

Domingo Hernández Sánchez (Dr.)



Imperatriz (MA), v. 1, n. 1, p. 42-48, jul./dez. 2019

Recebido em: 02 de junho de 2019

Aprovado em: 15 de junho de 2019

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo examinar la posibilidad de leer a José Ortega y Gasset desde algunos temas de nuestro tiempo. No se trata de trasladar sus ideas al presente de modo completo, algo que el propio Ortega criticaría, sino de entender al filósofo español como un clásico y aplicarle su propia definición: para Ortega, «no hay más que una manera de salvar al clásico: usando de él sin miramientos para nuestra propia salvación es decir, prescindiendo de su clasicismo, trayéndolo hasta nosotros, contemporaneizándolo, inyectándole pulso nuevo con la sangre de nuestras venas, cuyos ingredientes son nuestras pasiones [...] y nuestros problemas». El carácter ensayístico de la obra de Ortega, su singular modo de hablar desde su tiempo y para su tiempo, pretendía generar efectos en un país y una época, pero también deseaba superar el presente y deslizarse hasta su futuro. En este sentido, el artículo examina sobre todo el concepto de “crisis” en sentido orteguiano, y, desde él, se extiende hasta nuestros días.

Palabras-clave: Masa. Relatos. Emociones.

ABSTRACT

This article aims to examine the possibility of reading Jose Ortega and Gasset from

¹ Este trabajo se integra entre los resultados del *Grupo de Investigación Reconocido en Estética y Teoría de las Artes* (Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca), así como del Proyecto de Investigación FFI2016-76891-C2-2-P (Agencia Estatal de Investigación, Ministerio de Economía, Industria y Competitividad del Gobierno de España y Fondo Europeo de Desarrollo Regional de la Unión Europea) y del Proyecto de Investigación KARC-463AC01 (Universidad de Salamanca, Programa 1C, 2017-2018).

Doctor en Filosofía y Profesor Titular de Estética y Teoría de las Artes en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Salamanca. Ha dirigido el Máster en Estudios Avanzados en Filosofía de su universidad y el Doctorado en Filosofía de la misma. Entre otras publicaciones, es autor de las monografías *La ironía estética* y *La comedia de lo sublime* (con traducción al portugués), traductor de *Filosofía del arte o Estética*, de Hegel, y editor de los volúmenes compilatorios *Estéticas del arte contemporáneo* y *Arte, cuerpo, tecnología*. Ha realizado, además, las ediciones críticas de Hegel. *Notas de trabajo*, *El tema de nuestro tiempo*, *En torno a Galileo* y *La rebelión de las masas* (3ª Edición, corregida y aumentada), de José Ortega y Gasset.

some themes of our present time. It is not a matter of translating his ideas to the present thoroughly, something that Ortega himself would criticize, but understanding the Spanish philosopher as a classic and applying his definition: for Ortega, 'there is no way to save the classic: using it without regard for our salvation to decide, dispensing with its classicism, bringing it to us, contemporizing it, injecting new pulse with the blood of our veins, whose ingredients are our passions [...] and our problems'. The essayistic character of Ortega's work, its unique way of speaking from his time and for his time, was intended to generate effects in one country and one epoch, but also to overcome the present and slip into the future. In this sense, the article examines the whole concept of "crisis" in the Ortegian mind, and since then extends for some days.

Keywords: Masa. Reports. Emotions.

Introdução

Comencemos por el título, *José Ortega y Gasset hoy*. No quisiera que se entendiese como una defensa más de la vigencia de su pensamiento, sobre todo porque abusar del "como decía Ortega" no le ha hecho ningún bien, ni a nosotros tampoco. Siempre he pensado que el exceso de orteguismo y, con él, el peligro del afán actualizador, tuvo su cuestionamiento más lúcido en la ironía de su hija, Soledad Ortega, si recordamos que uno de sus saludos más habituales era aquello de *Buenos días, como decía mi padre*. Y es que el propio Ortega fue muy claro: «Un mismo hecho acontecido a dos generaciones diferentes es una realidad vital y, por tanto, histórica, completamente distinta» (VI, 409)¹. Más aun si tenemos en cuenta que, para Ortega, las generaciones duraban quince años y hoy, sinceramente, no sé si llegan a los quince minutos. Así, su método de las generaciones históricas y la insistencia en que «la generación [...] es el concepto más importante de la historia» (III 563, VI 399), tendrían ahora serias dificultades de actuación, o, por lo menos, graves *estrecheces* temporales. Y todo ello suponiendo que podamos seguir hablando de generaciones. Sí, problemas de comprensión:

Por eso yo espero desde hace tiempo que una mañana, al mirar periódicos y revistas y leer lo que un joven escribe tenga que decirme a mí mismo: «Esto ya no lo entiendo». Será una penosa impresión de que tropiezo con el muro o prisión de mi tiempo (III 405).

Los muros del tiempo se han estrechado hasta tal punto que Ortega ya no podría entender demasiado.

² Para las citas procedentes de las Obras completas de Ortega, señalo únicamente el número de tomo en romanos y de página en arábigos, entre paréntesis en el cuerpo del texto, a partir de: Ortega y Gasset, J., Obras completas, diez volúmenes, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004 ss.

Quizá me explique mejor con algún ejemplo. Recientemente apareció en las librerías *Reflexiones sobre la sociedad "móvil-izada". El timo del progreso*, un ensayo de Rafael Aguelo que incluye una conversación imaginaria con Ortega, donde el autor pregunta sobre temas de hoy y Ortega contesta con citas de ayer... elegidas por el autor de hoy. Y es que, al leer a Ortega ahora, dice Aguelo, no sabes muy bien «si lo que ahí está escrito se refiere al primer tercio del siglo XX o al del XXI» (Aguelo, 51). Pues bien, este ejercicio de Ortega-ficción, un intento loable de mostrar su actualidad, suscita, sin embargo, cierta extrañeza. Hay algo que no marcha en la conversación, algo que cruje y chirría. No es sólo el estilo, claro, ni la peculiaridad de que en una entrevista se conteste con citas. Es otra cosa, más cercana a lo que Ortega llamaba la tragedia de la recepción «no se suele percibir lo que tiene de trágico toda "recepción"» (IX, 1067), decía, ese desasosiego que implica todo traslado integral de ideas, con el olor a muerto que desprende el fantasma del pasado cuando el cadáver no ha sido enterrado y bien enterrado. La supervivencia espectral en la que tanto insistió Ortega, vaya: «Nada más triste y deprimente que hallar a las exangües ideas de ayer instaladas en las almas de hoy, como aparecidos nocturnos que agitan sus brazos de niebla con un ademán inválido» (VII 647).

Veamos el caso inverso. Un caso extremo, algo que, a primera vista, Ortega no podría entender y que, de alguna manera, tenga que ver con esa sociedad actual, conectada y en red, de la que habla el libro de Aguelo. También recientemente ha aparecido el lúcido ensayo de Angela Nagle, *Muerte a los Normies. Las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*. Es un libro que da miedo. Su objeto de estudio es la utilización de las entrañas de Internet por parte de esa "derecha alternativa" estadounidense que aupó a Donald Trump a la presidencia del país. Nagle analiza el uso de foros, memes irónicos y demás parafernalia utilizada por este activismo reaccionario y extremista que, supuestamente, tiene como enemigo principal todo lo que huele a "políticamente correcto". Tácticas activistas más cercanas a aquello que hace mucho, mucho tiempo, llamábamos contracultura; maestría en el uso de redes y blogs para desafiar un tipo de sociedad tradicional y conservadora; ironías de ironías y sátiras de sátiras; supuestos ataques al sentimentalismo mojigato y la corrección política... Un «laberinto de significados» (NAGLE, 17), como dice Nagle. Complicado. ¿Lejano de los años 30 del siglo XX? ¿Mucho más que cercano?

Sea como sea, al leer el libro de Angela Nagle no pude evitarlo: pequé de orteguismo. Y lo asumo, porque entre clicativismos, troleos, ranas Pepe y demás "milos yiannopoulos", no podía más que recordar frases del tipo: «[hoy] cada cosa puede ser otra cualquiera, todo es un poco todo, estamos en la época de los gatos pardos» (VI 502); o aquello de «éste es el fenómeno de la *socialización*, el reino del

lugar común que penetra en el pobre hombre» (VI 449); o, sin más, «las épocas de desesperación abren, por lo pronto, un amplio margen a todas las íntimas ficciones y al gran histrionismo histórico» (VI 460). Frases de Ortega, claro. Más aún: no hace demasiado tiempo aparecieron en el diario *El País* dos artículos que, con los *ingeniosos* títulos de «Más Séneca y menos ansiolíticos» (28.4.18) y «Para filósofos, esclavos y ejecutivos con estrés» (27.4.18), se preguntaban: «¿Qué tiene que decir el renovado interés editorial por el estoicismo sobre el mundo en el que vivimos?». La respuesta no resulta demasiado difícil. De hecho, analizando un periodo crítico muy anterior al nuestro, cierto *filósofo madrileño* ya dijo que en épocas confusas y equívocas «el cínico, el cristiano, el terapeuta, el mismo estoico, el cesarista, coinciden en pedir simplificación» (VI 457).

Curioso asunto, como puede verse. Yo sólo quería ser precavido ante mi propio exceso de actualización y no he hecho más que utilizar a Ortega. La explicación, sin duda, recae sobre el carácter ensayístico de su obra, sobre su singular modo de hablar desde su tiempo y para su tiempo, sobre la pretensión de generar efectos en un país y una época. Efectos, por tanto, que deseaban superar el presente y que no siempre funcionan igual al observarse desde su futuro. Y es que, en un autor como Ortega, las ideas no remiten sólo a su verdad o falsedad, sino también al dinamismo de su proceso y a los efectos de su función dialéctica. Esto no es mío, por supuesto. Hace ya mucho que Jorge Millas escribía en *El desafío espiritual de la sociedad de masas* que «las enseñanzas orteguianas requieren, pues, ser interpretadas a la par que como ideas vivas [...], como pensamiento en proceso, esto es, en su función dialéctica» (Millas, 62). Por decirlo de otra manera: admitamos que Ortega es un clásico y seamos coherentes con él aplicándole su propia forma de entender a los clásicos. El ensayista y el tiempo sobre el que medita permitirían así su extensión hasta nosotros, sobre todo porque, para Ortega, «no hay más que una manera de salvar al clásico: usando de él sin miramientos para nuestra propia salvación es decir, prescindiendo de su clasicismo, trayéndolo hasta nosotros, contemporaneizándolo, inyectándole pulso nuevo con la sangre de nuestras venas, cuyos ingredientes son nuestras pasiones [...] y nuestros problemas» (V 142).

Aunque sea sólo como un ejemplo, hagamos eso, contemporaneicemos sus ideas mediante una transfusión de nuestros problemas. No creo que sea demasiado atrevido decir que algunos de los más sintomáticos de nuestro tiempo tienen que ver con masas, emociones y relatos, como muestra el libro de Nagle citado. En cierto sentido, definen nuestra actualidad, pero con un significado que, desde sus complejas ramificaciones, se aleja demasiado del que les concedía Ortega. Habría otra posibilidad, más amplia, más extensa, que englobaría los síntomas anteriores y que quizá sea más adecuada. Así, para que la transfusión mencionada sea efectiva y no

perdamos al paciente por problemas de incompatibilidad, elijamos un tema que sea, además de *actual* para Ortega y para nosotros, esencialmente reiterativo. Pues bien, hay un fenómeno en el que, según Ortega, «lo más sorprendente de él es su reiteración, su repetición a lo largo del proceso histórico» (VI 413). Se trata de las crisis históricas, las épocas de crisis. Como la nuestra, como la de Ortega, como las que analiza en *En torno a Galileo*, ese libro “anteriormente conocido como” *El esquema de las crisis*. La categoría de crisis asume, así, una dialéctica entre novedad y repetición que supera el encasillamiento en un momento concreto y permite extenderse hasta nosotros. Con todo, llevemos a cabo el experimento con cierta cautela, concretando primero las tesis orteguianas, para, a continuación, observarlas desde nuestro contexto (cfr. Hernández Sánchez, 33-40).

Para Ortega, las épocas de crisis surgen cuando se pierde un sistema de convicciones y, por tanto, de apoyo y seguridad, pero no se ha afianzado aún el que deberá sustituirlo. El contexto es el de un obsesivo uniformismo, que elimina diferencias y vulgariza culturas, mientras que la vida transcurre entre dos creencias, en puro tránsito, forjando individuos desorientados que ni saben qué hacer, ni reconocen las causas del problema. De ahí la desesperación, el pánico ante lo desconocido, ante ese cambio histórico que ha supuesto la pérdida de las convicciones vigentes para acentuar sólo su carácter negativo. Las consecuencias no se hacen esperar, siendo el confusionismo reinante quien dirige las exageradas soluciones provisionales: el cinismo desmesurado al inicio de toda crisis, la acumulación de posiciones simuladas o la elección, a gusto de cada cual, entre furia y melancolía, entre desesperación y frialdad.

En efecto, al excesivo barroquismo y complicación, a ese frenesí del amaneramiento surgido tras la búsqueda de un último e imposible sentido para la cultura agotada, le responde el deseo de simplificación. Es tal deseo quien explica la búsqueda de *lo auténtico* o la presencia de gestos neoestoicos. Cabe, incluso, la posibilidad, nunca demasiado lejana, de que la misma simplificación se convierta en extremismo, y no sólo político. Así, el paradigma se extiende y la dualidad pasa a afectar a todos los contextos: el barbarismo y el buen cultivo para el resurgir del hombre de acción se sostiene en paralelo al atractivo de la *vita minima* y el apetito de retirada; los uniformismos, el reinado de las frases y los tópicos, tienen su reverso en el heroísmo fingido y el histrionismo histórico del que se presenta *auténtico* en su preocupación; el constante anhelo de socialización disfruta de su mayor éxito cuando la propia sociedad se halla desorientada, casi desaparecida, y el individuo es cada vez más... *gente*.

Podría ser lo expuesto un resumen *orteguianamente correcto* de los rasgos que *En torno a Galileo* adscribe a las épocas de crisis, a *todas* las épocas de crisis. La

pregunta, ahora, es: ¿qué consecuencias podemos extraer en relación con nuestro tiempo? En primer lugar, ha de asegurarse el signo reiterativo mediante la traducción actualizada de determinados caracteres. No resulta difícil: uniformismo transformado en globalización de economías, gustos y experiencias; tópicos engalanados como *trending topics*; apoteosis de la socialización desarrollada ahora en todo tipo de *redes*, mucho más *socializantes* que *sociales*; barroquismo y complicación de la cultura trasladados a la gestión de la educación, que no a la educación misma; humanismo transmutado en el *buenismo* de lo políticamente correcto; gestos de simplificación y renuncia vendidos como aligeramientos generalizados y otros *make it easy*, incluso anhelos de sobrenaturaleza convertidos en misticismos de andar por casa y demás trascendencias *new age*. Pero esta selección de paralelismos habría muchos otros son sólo detalles: el cinismo, la melancolía de unos y la desfachatez de otros, el peligro del extremismo, el fingimiento histriónico, el heroísmo simulado y la desorientación global no requieren traducción que enfatice su carácter reiterativo.

Sin embargo, y al margen de la posible traslación de referentes, quizá lo más productivo sea analizar la posición del propio Ortega al respecto, el balance final ante el esquema de las crisis y su reiteración. En primer lugar, nada de gestos apocalípticos. Y no sólo por el hecho de que la crisis, como categoría que representa un tipo determinado de cambio epocal, sea incluida por Ortega en un proceso de normalidad histórica. Los gestos apocalípticos, de fin de los tiempos, son precisamente otro signo del periodo de crisis, pues afloran tras la desesperación generalizada que causa el no vislumbrar posibilidad de futuro. Nada de gestos apocalípticos para Ortega en el balance final, entonces. Y es que la confianza en las posibilidades le impedía el sesgo pesimista: «tenemos aún abierto el porvenir y podemos enriquecer, mejorar» (VI 505), decía. Confiaba en su futuro, sí, aunque, tratando temas similares en *La rebelión de las masas*, había escrito ya que en el tiempo que se avecinaba «todo, todo es posible: lo mejor y lo peor» (IV 390). Fue lo segundo: sólo tres años después del curso sobre la época de Galileo estallará la Guerra Civil española, y en seis la Segunda Guerra Mundial. Algo similar ocurre cuando remite a la política y la economía futuras: «es indiscutible que hoy el hombre *está* en la economía y la política. Sin embargo [...], después de una etapa de obsesa ocupación con lo económico y lo político, descubriría de pronto que ambas son ocupaciones de segundo orden [...]. Ya estamos en la etapa de obsesión, ahora falta que el resto del pronóstico se cumpla» (VI 495). No, obviamente, no se cumplió.

Que hoy seguimos *estando* en la economía y en la política, es decir, que la obsesión ha aumentado, no requiere demasiado comentario. Que a las dos guerras mencionadas podríamos sumarle otras cuantas hasta llegar a hoy, parece que

tampoco. Es cierto, por tanto, que, actualmente, podemos afirmar que aquel futuro abierto y mejorado que solicitaba Ortega para sí y su época tardó demasiado en llegar. También lo es que, demasiadas veces, la sensación generalizada corresponde hoy a la del «horizonte cerrado hacia el futuro», esa característica que, según Ortega, definía al siglo XV y a la Edad Media y suponía la principal diferencia respecto a su tiempo. Pero no es menos cierto que, ya puestos a encontrar vínculos con el siglo XV, podemos acudir a la versión paralela, a la que se separa de la vía melancólica. En esa línea, el hombre del siglo XV es otro: «Perdido, pero ilusionado tal es el hombre del siglo XV» (VI 478). Quizá, y aunque resulte muy complicado en ocasiones, sea esta ilusión la que haya que recuperar, la ilusión que no olvida, ni mucho menos, sus angustias, pues conoce bien el esquema de las crisis y la facilidad con que afloran sus peores gestos, pero es consciente de que tanto la melancolía como el extremismo son peores compañeros.

La conclusión, así, no sería demasiado ambiciosa: ni sueños apocalípticos ni nuevos comienzos, tan peligrosos unos como los otros, sino la apuesta por cierta ilusión, ligeramente angustiada y siempre suspicaz, que sea consciente de lo perdido y lo ganado y que asuma que, también hoy, de modo urgente, nos toca «volver a inventar: en ciencia, en política, en arte, en religión» (II 810). *Como decía Ortega.*

Referencias

AGUELO ARGUIS, Rafael, *Reflexiones sobre la sociedad “móvil-izada”. El timo del progreso*. Madrid, Fussion Editorial, 2017.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, D., «Introducción», en: Ortega y Gasset, José, *En torno a Galileo*. Ed. Domingo Hernández Sánchez. Madrid, Tecnos, 2012.

MILLAS, Jorge, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1962.

NAGLE, Angela, *Muerte a los Normies. Las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*. Trad. H. Camacho. Barcelona, Orciny Press, 2018.

ORTEGA Y GASSET, José, *Obras completas*. Diez vols. Madrid, Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004 ss.